

á mandarle con el ademán; él no miraba á nadie sino á ella, despreciando á los demás; y leyendo en sus ojos la mirada iniciada, la prestaba obediencia áun ántes que la jóven pensara en mandarle algo. ¡Así también el arrogante toro guiado por la mano de un niño, obedece al amor, y sigue sus pasos sin necesidad de cadenas!

Daidha se sentía orgullosa del imperio que ejercían su voz y su mirada, y envanecida de ser la única que suavizara tan salvaje carácter, consideraba como un honor para ella aquella noble esclavitud. A veces daba alguna orden al mancebo en presencia de los demás, solamente por que fueran testigos del poder que tenía su acento; y el rostro de Selma radiaba por su hija; y Phayr se manifestaba alborozado al contar en su familia aquel esclavo mudo, que era su fuerza y su honor, y la muchedumbre envidiosa admiraba su fortuna.

Cierto día en que Daidha, pesarosa y compasiva, decía entre sí: «¡Oh! ¡qué sería si pudiera comprenderme!» alzó los ojos por acaso, y vió un ruiseñor de voz melodiosa, que posado en la rama de un árbol en que se mecía su nido, llenaba de gratas armonías el silencioso bosque con sus alegres trinos, mientras sus polluelos, al escuchar su himno, parecían ensayarse en balbucearlo. Cantaban y cantaban, pero su inexperta lengua, al querer imitar una nota ó un gorjeo, descuidaba otros mil, á pesar de lo cual su voz se asemejaba por momentos al eco mal velado del tono que reproducía, y los acentos salidos del nido, á los que el ave se complacía en responder, parecían confundirse con los suyos propios.

Al oír la virgen aquella lucha de canciones, comprendió que las avecillas se aleccionaban mutuamente, y que repitiendo varias veces el estudio del mismo acorde, acababan por conocer la melodía del canto, que en ellas no era sino una costumbre adquirida. Esta observación fué un rayo de luz para ella y al punto se acordó de Cedar.

—¡Es mudo como ellas! ¡Si yo hiciese otro tanto! exclamó: si yo fuese ese ruiseñor dulce símbolo que enseña el canto y la palabra á sus hijuelos, los cuales, á fuerza de deletrear ese canto con sus pequeñas lenguas, acaban por entenderse entre sí llamándose mutuamente! ¿No es así como enseñan las madres á sus hijos, que imitan con los ojos los movimientos de los labios maternos? Tal vez ¡ay! Cedar no ha tenido madre. ¡Oh! Si me fuese dable sustituirla hoy... si, logrando desligar su lengua con la mía, llegase el eco de mi pensamiento á inspirar el suyo! ¡Si repitiera él las palabras que mi madre me enseñó!... Entónces, si yo le debo la vida, él me debería el espíritu. Yo leería en el fondo de sus ojos lo que piensa, y nuestras almas no guardarían ya este silencio! ¡Cuán rápidas pasarían las horas escuchándole! ¡Oh! Desde mañana me propongo intentarlo en secreto!

Y levantándose de pronto como cediendo al impulso de un brazo, estuvo toda la noche dando vueltas á esta idea en su imaginación, y cuando alumbró las selvas el primer rayo del sol naciente, corrió en busca de Cedar.

Estaba éste aquel día tendido á la orilla del río cuyas aguas reflejaban su rostro, lleno de asombro, de temor y de placer, inclinándose hácia su propia imagen y queriendo cogerla; mas al ver que sus manos, enturbiando el agua límpida, tan sólo abrazaban las ondas oscurecidas por sus arrugas, lloraba por aquella imagen, y en su deseo de volverla á ver, dejaba trascurrir un rato hasta que el movable espejo recobraba su tersura.

Sonriendo Daidha al observar la ilusión de que era víctima Cedar, se fué ocultando de árbol en árbol para sorprenderle, y amortiguando el ruido de sus pasos en el flexible musgo y reteniendo el aliento, avanzó muy de quedo, hasta que, asiéndose de la verde cabellera de un sauce, asomó la cabeza al río por encima del hombro del mancebo, de suerte que las cristalinas linfas que á sus piés corrían, en lugar de un rostro encantador reflejaron dos.

Engañado Cedar de pronto por aquella imágen, y viendo brillar en el agua el dulce rostro de Daidha, tomó por realidad tan vana ilusion, lanzó un grito, extendió los brazos y se arrojó al rio como una flecha, creyendo que la corriente se llevaba envuelto entre sus ondas aquel hermoso cuerpo en busca del cual sería él capaz de ir hasta las entrañas de la tierra. Sumérgese para sacarlo del agua arrostrando la muerte, vuelve á sumergirse hasta tres veces, y no salió á la orilla sino al oír los gritos de Daidha que, entre temerosa y enajenada de júbilo y pasando de la risa al llanto, le llamaba á su lado. Acudió Cedar, y la hija de Selma, comprendiendo aquel día la intensidad del amor que el jóven la profesaba, le amó á su vez.

Para que no padeciese de nuevo el mismo error, sentóse la doncella junto á él sobre la arena del rio, y le hizo notar por señas cómo las aguas duplicaban los árboles, los rebaños, del propio modo que habian duplicado sus imágenes, vana y falaz apariencia de los objetos reflejados; y él manifestó desde entónces especial predileccion por el rio que reproducia en sus ondas la figura de Daidha, y siempre la buscaba en ellas, aunque ésta estuviera ausente.

Entónces, como la madre que enseña á hablar á su hijo, pronunziando con claridad la palabra y designándole el objeto á que la aplica, así tambien los labios de la vírgen le sirvieron de guia entre la vista y la palabra, y la primera que pronunzió por tal manera fué *Daidha*. ¡Daidha! ¡Daidha! Este nombre dulce y sonoro lo repetian cien y cien veces los labios ardorosos del mancebo, y siempre que su corazon lo pronunziaba así, veíase recompensado con una sonrisa que le servia de grato estímulo.

¡Oh! ¿Quién podrá pintar el júbilo que sintió la venturosa doncella, al oír pronunziado por vez primera su nombre, su propio nombre revelado por el amor! Parecia que una sola palabra habia duplicado su sér, que merced á él vivia dos

veces: primero, en sí misma y despues en el sonido de la amistosa voz que la llamaba. Ella le respondia pronunziando el nombre de Cedar, nombre que muy en breve se confundió con el otro: sus labios los repitieron juntos mil veces, como dos sonidos armónicos reunidos por un solo acorde, y cuando el mismo instinto les hacia volver á repetirlos, no los pronunziaban sino para reunirlos de nuevo!

Cedar, que leia á cada sonido su propio contento en los ojos de la enajenada Daidha, observando ya la satisfaccion que causaba, abandonábase gustoso á sus dulces lecciones, y por alcanzar una sonrisa de la boca amada, parecia interrogarla á su vez con la mirada; le designaba un objeto, ella le decia su nombre que sus labios novicios procuraban pronunziar al punto, y aquella mirada amante y aquella voz femenil lo gravaban todo en su alma por el intermedio del oído y de los ojos.

Lo primero que preguntó el feliz amante fué lo que más admiraba en Daidha: su frente, sus facciones, su boca y aquellas perlas que, así como su sonrisa, asomaban entre sus labios de carmin; sus brazos, piés y manos y el sedoso velo de su cabellera que le cubria todo el cuerpo, y sus ojos, y aquel estremecimiento que le causaba su presencia, y la abrumadora tristeza que sentia por su ausencia, y aquella sombra sin cuerpo que estrechaba entre sus brazos, y por último todo cuanto se pintaba ó bosquejaba en sus ojos, en sus oídos y en su mente y tenia conexión con ella.

Pasando en seguida á cuanto la jóven llenaba con su presencia ó sus recuerdos, la asediaba á preguntas por señas, y su alma, abriéndose á la inteligencia á medida que escuchaba su voz, se fijaba á la vez en la naturaleza entera: el firmamento, el día, la tierra, el árbol en que cantaba el pajarillo, el rio que corria, las plantas, los ganados, las flores y cuanto impresiona la mente ó cautiva la mirada, las sombras y la luz, el silencio y el ruido, lo que anda ó lo que vuela, ó nada,

ó se cierce, ó luce, indicado sucesivamente por su fogosa mirada, recibía su verdadero nombre de boca de Daidha y pasaba á su alma, y la palabra de la virgen parecía crear para él todo el universo al designarle por su nombre tan diferentes objetos.

Daidha, triunfante y estremecida de júbilo, le pagaba cada palabra con una casta caricia, y besaba aquella boca cuya voz había vibrado por primera vez al eco de la suya. Luégo se marchaba atravesando los campos con lentitud, como aquel á quien preocupa una idea, acariciando en su mente y ocultando en su corazón, cual amoroso secreto, su gloria y su ventura. Cedar se quedaba pensativo á la orilla del río, viendo su adorada imagen en cada una de las palabras que acababa de aprender.

Del propio modo que dos claros riachuelos que circulan por los prados, separados en su curso por un estrecho ribazo y reflejando cada cual en sus respectivas ondas sus bordes, su firmamento y lo que los atraviesa; si en un día de estío la azada de los pastores derriba la muralla de flores que los dividía, atraídos mutuamente su aprisionado caudal y sus ondas que se llaman, acaban por extenderse y confundirse, y desvanecen sus bordes bajo su comun cristal, y amoldan su corriente al mismo paso, y no teniendo ya más que una sola margen para su lecho, tampoco se refleja más que una sola imagen en sus aguas mezcladas; así también entrambos jóvenes, cuyo pensamiento estaba dividido en dos por el obstáculo de los sentidos y por carecer aquel de acentos, cuando el uno llegó á comprender la palabra de la otra, hablada por instinto y comprendida por amor, reflejando en comun el universo en torno suyo, pareció que sólo tenían un alma en vez de dos.

Desde entonces Daidha siguió dándole lecciones á orillas del río ó en los montes, de suerte que el esclavo, instruido muy en breve por la doncella y triunfando de su ignorancia

á la voz de ésta, poseyó al fin ese sublime lenguaje de los humanos en que cada vocablo representaba el objeto y su imagen, lenguaje en que parecía revelarse el universo, en que hablar equivalía á definir y pintar; porque el hombre no había empañado aún, en su delirio insano, ese gran espejo en que Dios le había hecho leer, ni esparcido al azar por todas partes sus pedazos, poniendo su verbo mancillado sobre el verbo Divino!

Entonces sus pláticas, más íntimas y prolongadas, tuvieron un giro más elevado, pasando de la tierra á cosas más sublimes: ella le refería, en su candorosa sencillez, las historias del cielo y de la humanidad, historias de la infancia, en las que todo era maravilloso, en que las leyendas, ampliadas al pasar de oído en oído y coloreadas con la falsa luz de sus tradiciones, llenaban la mente humana de ilusiones sin cuento, á la manera de esos fantasmas engañosos en que abundan las tinieblas nocturnas antes de asomar la luz del nuevo día.

Explicábale Daidha que cada familia de los dioses había creado una porción de los cielos, y que otras, precipitadas á causa de luchas sostenidas en el cielo, habitaban la tierra después de su caída; decíale que el aire, la tierra, el fuego y los mares obedecían á su respectivo señor; que envidiosos siempre unos de otros, se desposeían mutuamente del dominio que ejercían sobre todo cuanto vegeta y respira; que combatían entre sí, llevados de horrenda saña, en forma de elementos; que unos amaban á los hombres como hermanos mientras otros le tenían declarada una guerra inexorable; que, á fin de engañarlos, se trasformaban á veces en plantas, piedras ó troncos, en cuyos objetos se les retenía aprisionados por medio de encantos, y que excepto el onagro, el perro y el esclavo, cada uno de los individuos de la venturosa tribu tenía su dios.

Pasando luégo á los relatos de las familias humanas, le re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

velaba lo que era el hombre y sus fenómenos; cómo el hijo nacía del padre y crecía; cómo se le enlazaba con doncellas, hermanas suyas; cómo la jóven madre, al dar al hombre á luz, tenía en su seno el fecundo manantial de su sustento que el amor impedía por espacio de doce meses que se agotara hasta que la criatura podía hablar y correr; cómo los dioses amigos le proporcionaban en toda la naturaleza asilo y alimento en los bosques, y cómo los ancianos, siempre vigorosos, vivían tres veces cien años, si lograban escapar de las flechas de los gigantes.

Añádiale que la muerte, envolviéndose en el velo de un misterio trasparente, era un prolongado sueño en el terrestre lecho, y que durmiendo bajo el musgo se hacia lo mismo que se habia hecho bajo el azulado firmamento; que el hijuelo acariciaba desde allí á su madre, que la esposa descansaba allí sobre el hombro del hermano, que los numerosos rebaños pastaban sosegadamente la yerba, que los feroces gigantes no bajaban allí nunca, y que á los apacibles fulgores de una noche subterránea, los dioses buenos reinaban allí vencedores de los dioses del odio y la venganza, sin permitir su acceso más que á la voz de los amigos, que hablaban al oído á los adormecidos manes de los difuntos.

Cedar, escuchando estos relatos con toda su alma, absorbía la humanidad en aquellos labios femeniles, identificándose, confiado y crédulo, con cuanto la ingenua doncella le decia; y así como nuestra carne procede de la leche materna, completamente rodeada de humana atmósfera, hasta adquirir la figura de hombre, así también al oír Cedar tan candoroso acento, convertíase en hombre en cuerpo y alma, acostumbrábase á las impresiones de tal, y sólo difería de los hombres por la servidumbre en que gemía.

Distraído cierto día de estos relatos, preguntó á Daidha una cosa que la estremeció:

—Dadas las costumbres celosas de los hombres, le dijo,

¿permiten éstos que los esclavos tengan esposas? Y si fijando alguna jóven sus miradas en uno de ellos, le entregara su corazón, ¿qué dirían los ancianos?

Daidha bajó los ojos al oír estas palabras, palideció é hizo un movimiento involuntario de horror.

—¿Acaso tienen dioses los esclavos? le contestó. ¿Por ventura tienen hijos, ellos que carecen de abuelos?

Y señalándole con el dedo una gran monton de piedras que habia en un sitio lúgubre á orillas del río, prosiguió en voz baja:

—Las madres me han contado cien veces al pasar por ahí que una jóven... su nombre se ha convertido en oprobio suyo... esas piedras aumentan diariamente sobre su cuerpo; cada una de nosotras, cuando acierta á pasar por ese sitio, aparta la vista de él, prorrumpe en maldiciones y tira su piedra, y al arrojarla exclama: «¡Perezca quien la imite, muriendo infamada como ella y en el mismo suplicio!»

Desde aquel día, cuando Cedar veía llegar á Daidha, acogíala meditando y al pronto contenía los impulsos de su corazón, y en el esfuerzo que para ello hacia, veíase en su rostro la lucha que sostenía el ardoroso instinto de su corazón con un pensamiento sombrío; á veces la escuchaba distraído, cerraba los ojos, y su piel, arrugada por una contracción nerviosa, se estremecía como se estremece y frunce nuestra frente cuando cruza por ella una grave idea. Pero cuanto más triste estaba él, más se esforzaba la amable doncella en disipar la sombra de su melancolía, considerándose dichosa al triunfar de su fingida frialdad con su armonioso acento y sus castos halagos.

Si su amoroso esfuerzo resultaba alguna vez infructuoso, sentábase delante de Cedar triste y compungida; reclinaba la cabeza sobre las rodillas unidas del mancebo como sobre un apoyo que un hermano querido nos presta, y le miraba, tímida y silenciosa, hasta que sus ojos se llenaban de lágrimas.

mas, y á la manera de dos flores sacudidas por la tempestad, brotaban de ellos dos gotas de agua del corazón que, surcando sus mejillas, iban á caer sobre las rodillas de Cedar abrasando el sitio en que los rizos de sus cabellos se enroscaban en su mano, mientras que los torneados globos de su seno, henchidos de tristeza y pesadumbre, levantaban á cada aspiración el velo que los cubría, bien así como las ondas surgen y dejan ver alternativamente, á impulsos de la brisa vespertina, los lirios acuáticos que en ellas crecen.

—¿Por qué, le preguntaba con acento mesurado y de convencion, por qué acudes ahora con tanta lentitud cuando te llamo? Mucho mejor me oías cuando no hablábamos; entonces te bastaba oír el rumor de mis pasos para que corrieras á mi encuentro. Desearia conocer, oh Cedar, la causa de tu tristeza. ¿Te hace languidecer tu triste suerte? ¿Te abruma tal vez más el peso de tu cautividad desde que tu corazón se ha abierto á mi voz? ¿Te lastiman y humillan esos vínculos? ¡Oh! Si así fuera, ven, ven; yo te los quitaré! Dame tus piés, tu cuello, tus hombros y tus brazos: mira, ya estás libre, hermano mío, corre ahora por donde quieras. Vete á las selvas á donde tu madre te llama: Daidha te amará si te quedas por ella; mas si no vuelves á ponerte de nuevo esas ligaduras, ella dará, oh hermano, sus miembros por los tuyos. Recobra la libertad de que por mí te han privado: si mi muerte te emancipa, ¿qué me importa la vida?

Y mientras así decía, habia deshecho los lazos de siete vueltas que le oprimian, y Cedar, saltando cual arrogante toro cuyo yugo desprendido rueda á sus piés por la yerba, se erguia en su gracia y libertad, procurando borrar con las manos la huella impresa aún en sus miembros lacerados por la cautividad: en seguida, prorumpiendo en gritos de júbilo, corrió á echarse en el río, donde se puso á luchar con las olas y contra la corriente: al salir luégo de él cubierto de humean te espuma, aspiró con fuerza el aire del cielo como un corcel

fogoso, y cruzando de un salto barrancos y cumbres, parecia desaparecer para siempre en los desiertos.

Estremecida Daidha ante fuga tan imprevista, le tendia los brazos, y ya le habia perdido de vista, cuando con pié más veloz y flexible que el de un gamo, presentóse de pronto Cedar á su lado, diciéndole, con la mano puesta sobre la ardorosa cabeza de la jóven:

—¿Por qué tiemblas? ¿Temes que me quede en los bosques á donde corro? ¿Recelas que tu esclavo se escape para no volver? ¿Quieres ponerme de nuevo mis ligaduras para tranquilizarte? Tómalas. Pero no son ellas, oh hermana mía, las que me encadenan: no, no necesito de tan vergonzosos lazos. La cadena que me sujeta, oh Daidha, son tus ojos fijos en los míos, es el eco de tu voz que me llama sin cesar, es el efecto abrasador que imprime en mí tu beso, es la interminable hora que paso, esperando tu regreso; es, en fin, tu imagen que todo el día me ilumina! Ese es el yugo del corazón que en mí mismo llevo, yugo que no podrias romper aunque quisieras, y que no me ha impuesto nadie ni de nadie he recibido, sino que lo he tejido con mis propios pensamientos. Aunque me devolvieras mil veces mi libertad perdida, otras tantas volveria á ofrecer mi vida á tus piés; volveria siempre, cual esclavo, á seguir la huella de tus pasos, y á inclinar mi cabeza bajo tu mano.

Y Daidha lloraba al escuchar tan insólitas frases, mientras Cedar proseguia:

—¡Oh mi solo y único ídolo! Tú eres para mi padre, madre, patria y divinidad! Agua que calmas la sed de mi corazón, sombra de mis pensamientos, sol de los días ardientes, luna de las noches heladas, gacela domesticada, de mirada tan dulce que el león la lame deponiendo su ferocidad; ven, tócame! ¿Ves cómo me posees? ¿Ves cuán pronto cedo á tu más insignificante deseo? ¿Ves cómo desde el fondo de los bosques acudo á una señal tuya, para obedecer á tus ojos y besar mis